ISSN 0325/5506

Ad usum Fratris Guidonis

JUNTA DE HISTORIA ECLESIASTICA ARGENTINA

ARCHIVUM

XV

1991
BUENOS AIRES

LAS PRIMERAS TENTATIVAS DE EVANGELIZACION DE LA TIERRA DEL FUEGO

(1768-1769)

Al descubrir Hernando de Magallanes, en octubre de 1520, el estrecho de Todos los Santos, que después llevaría su nombre, descubrió también la Tierra del Fuego, llamándola así por los fuegos o fogatas que vio en ella. Casi un siglo más tarde, los hermanos Bartolomé y Gonzalo García de Nodal comprobarían su insularidad, por lo que se la comenzó a llamar también Isla del Fuego.

Los escasos proyectos de establecer poblaciones en tierra tan austral, como el de Pedro Sarmiento de Gamboa hacia 1580, estuvieron por siglos destinados al fracaso. Ni siquiera el peligro de que Inglaterra se apropiara de ella pudo hacer que los españoles se interesaran de verdad hasta la segunda mitad del siglo XVIII. La misma Patagonia, más cercana a los centros civilizados, no tuvo intentos de exploración y, por lo tanto, de evangelización, sino hacia mediados de dicha centuria, con el viaje del alférez de navío don Joaquín de Olivares y los jesuitas José Quiroga, Matías Strobel y José Cardiel (1704-1746), y el realizado por el último, por vía terrestre en 1748, ambos sin resultado. Tampoco tuvieron mayor éxito las reducciones de indios de la Inmaculada Concepción, del Pilar y de Nuestra Señora de los Desamparados, fundadas en el sureste de la provincia de Buenos Aires.

Los intentos de poblar el extremo sur del actual territorio argentino comenzaron en la Tierra del Fuego diez años antes que en la Patagonia, en donde habría que esperar hasta 1778, en que el rey Carlos III ordena al virrey Vértiz la fundación de un establecimiento en San Julián.

La ocasión la dio el naufragio del navío de registro *Purísima Concepción* o *Curruchea*, en viaje de Cádiz al Callao vía Cabo de Hornos, ocurrido el 10 de enero de 1765, en las inmediaciones de Caleta Policarpo.

La tripulación construyó allí mismo, con restos del navío y maderas de la zona, la goleta *San José y las Animas*, alias *Buen Suceso*, en la que

el 1º de abril iniciaron la navegación hacia Buenos Aires, a donde arribaron el día 24 [1]. El franciscano Juan de Camiruaga, capellán de la nave náufraga, había celebrado el domingo 20 de enero la primera misa de que se tenga conocimiento en aquellas latitudes.

Pronto se extendió la noticia de aquel desgraciado suceso ocurrido en tan australes regiones. Desde Santiago de Chile, el jesuita español Onofre Martorell escribía el 20 de mayo del mismo año al visitador de su Orden padre Nicolás Contucci haciendo alusión al percance del navío y expresándole sus deseos de evangelizar aquellos "indios blancos y dóciles" que mencionaban los informes, lo que concretaría un viejo anhelo suyo [2].

Por otra parte, el naufragio del *Purísima Concepción* en las costas fueguinas atrajo el interés de la Corona española hacia aquella tierra. Un informe elevado al gobernador don Pedro de Cevallos, en el que se aludía a los productos de la isla y la bondad y buena disposición de sus naturales, llegó a la Corte de España, y el ministro don Julián de Arriaga escribía, de parte del Rey, al nuevo gobernador, Francisco de Paula Bucareli, el 2 de octubre de 1766:

"Enterado el Rey de las noticias que contiene el papel adjunto relativas a la Tierra del Fuego donde estuvo la gente del Registro la Concepción que se perdió en aquella costa y considerando que vería en grande importancia tener en aquel país una colonia y puerto de arribada para las embarcaciones que por alguna desgracia no pudiesen montar el cabo de Hornos y sobre todo atendiendo su católico celo a que, según las demostraciones de amistad y cariño que en aquella ocasión manifestaron aquellos indios, prometen la mejor disposición de catequizarse: Me manda S. M. pasarlo a V. E. a fin de que tratando sobre este asunto con los superiores de la religión de Santo Domingo acuerden con ellos el envío de dos o más religiosos a la citada Tierra del Fuego en alguna embarcación pequeña para que tanteen el logro de tan interesante objeto, disponiendo V. E. que ese gasto se costee de cuenta de la Real Hacienda y facilitando los demás auxilios que se tengan por convenientes y precisos para la execución de la empresa..." [3].

Como anota Belza, "se trataba de una operación distinta de la simple búsqueda de asentamientos ingleses... El Rey establece precisamente que se tantee la posibilidad de instalar una colonia, un puerto de arribada y una misión en Tierra del Fuego. Renacía el deseo de colonizar el sur iniciado en 1745 con la expedición de Olivares" [4].

Bucareli, tratando de dar cumplimiento a la Real Orden, por no tener una embarcación adecuada, dispuso la construcción de un bergantín de veintidós codos de quilla, o sea similar a la goleta *San José y las Animas* construida en la Tierra del Fuego por los náufragos del *Purísima Concepción*. El hecho de que el bergantín, que estuvo terminado para octubre de 1767, fuese bautizado con el nombre de *San Francisco de Paula* probablemente se explique por el nombre del mencionado gobernante y no por los motivos que aduce Ratto [5]. El teniente de fragata

don Manuel Pando, que había dirigido la construcción del navío, fue designado para comandar la pequeña expedición.

Mientras tanto, Bucareli había tratado con el provincial dominicano Fr. Juan Ignacio Ruiz de la Fuente, quien designó cuatro religiosos para esta empresa; los padres Juan Antonio del Toro, presidente o superior de la misión, Juan Francisco Salas, como capellán del Rosario, Pedro Mayán y Juan Encinas.

De ello nos dan noticias las actas del capítulo provincial celebrado en Santa Fe a partir del 9 de noviembre de 1767:

"Comunicamos que el Exmo. Señor don Francisco de Paula Bucareli, capitán de estas Provincias, por mandato de nuestro católico Rey Carlos III (que Dios guarde), nos ha indicado ser voluntad del soberano que, saliendo de nuestros claustros a predicar el Evangelio, fundemos un Hospicio en la isla llamada del Fuego, que queda de aquí unas trescientas leguas por mar. Sabemos que sus habitantes son indios bárbaros e infieles, de costumbres y lenguas completamente desconocidas de nosotros. Secundando esta insinuación y viendo que ha de redundar en brillo y lustre de nuestra religión, hemos destinado a ese fin cuatro padres hábiles en la predicación, a saber: fray Juan Antonio del Toro, fray Juan Francisco Salas, fray Pedro Mayán y fray Juan Encinas" [6].

Probablemente, el capítulo provincial no hizo otra cosa que confirmar lo ya dispuesto por el P. Ruiz de la Fuente, que terminaba entonces su mandato. Pero es interesante destacar el respaldo que se otorga a los misioneros, a uno de los cuales se le da el título de capellán del Rosario, cargo existente en los conventos de la Orden, y se los faculta "para que funden allí la Cofradía del Rosario con todas las gracias y privilegios que le son propios, pensando que, mediante la salutación angélica, el ánimo de los indios se irá preparando y conmoviendo poco a poco, hasta recibir el bautismo e instruirse en los rudimentos de nuestra fe" [7]. En la lista de los religiosos asignados a los diversos conventos, los cuatro nombrados figuran como destinados "para la isla del Fuego" [8]. Se trataba de cuatro religiosos jóvenes y "hábiles en la predicación", según las actas del capítulo provincial mencionado.

El 22 de diciembre, el nuevo provincial, padre Francisco Domingo Cuenca, les firmaba la autorización correspondiente, que su secretario, fray Sebastián Aurquía, ha transmitido a la posteridad en los siguientes términos:

"En dicho día 22 de diciembre de 1767, se despachó patente para los P. fray Juan Antonio del Toro, de presidente, fray Juan Francisco Salas, fray Pedro Mayán y fray Juan Encinas, que fueron a la isla del Fuego" [9].

El bergantín *San Francisco de Paula* partió de Buenos Aires rumbo a Maldonado el 19 de enero de 1768 y de allí para el sur el 8 de febrero, llevando a los cuatro dominicos, un sargento, seis soldados de infantería "y algunos otros individuos". Era portador también, además de las

provisiones, de los elementos necesarios para la reducción de los indios. Pando tenía, además, como consigna, reconocer la costa patagónica y verificar si había en ella asientos de extranjeros.

El 7 de marzo se encontraban ya en la costa fueguina, entre el cabo Espíritu Santo y el de Peña, en donde descubrieron una ensenada en la que Pando dispuso "entrar y dar fondo". Según Ratto y Belza, se trataba de la bahía San Sebastián [10]. Al día siguiente desembarcó el comandante, sin armas, ni escolta, pero acompañado de los misioneros según veremos después. Pando refiere que los indios le recibieron con manifiesta alegría y "lo abrazaron con tan grande algazara que nadie de los que con él venía entendió palabra alguna".

Allí permanecieron hasta el 15, en que después de hacer exploraciones y obsequiar a los naturales con "abalorios, rosarios y cascabeles, el capitán decidió zarpar para el Puerto de la Consolación, es decir, hacia donde había naufragado el *Purísima Concepción* tres años antes.

Pero soplaron tan fuertes vientos, que llevaron al bergantín hasta el cabo San Diego, a la entrada del estrecho de Le Maire, viéndose obligado a penetrar en éste. Un nuevo cambio de viento lo sacó del estrecho y lo llevó hacia las Malvinas, a donde arribó el día 20. Desde allí, Pando, después de reparar las averías de la nao, decidió regresar a Buenos Aires, sin haber logrado los objetivos de la expedición. Así finalizó, entre otros proyectos, la primera tentativa misional en la Tierra del Fuego.

Pero veamos algo acerca de los cuatro misioneros, de quienes nada dice Pando en sus informes. Felizmente, las actas del capítulo provincial de 1771 proporcionan algunas noticias al respecto. Refiriéndose a esta expedición, expresan:

"Comunicamos que aquellos hermanos de quienes se dijo en el capítulo anterior del año 67, que fueron enviados por indicación real a la isla del Fuego, no lograron la conversión de aquellos indios, aunque permanecieron allí ocho días y aunque los naturales atraídos, por la novedad, se acercaron a la playa y por señas hicieron comprender su buena voluntad, pues el capitán de la nave les anunció [a los religiosos] que era voluntad del Rey seguir otro rumbo. Por lo cual tuvieron que reembarcarse no sin gran dolor de su corazón, pues comprendían que aquellos bárbaros iban a quedar de nuevo en las sombras de la muerte, de las que tan fácil hubiera sido sacarlos, dados el cariño y la mansedumbre tan inusitados que mostraron, al extremo de sacarles a los padres el rosario del cuello y hacer otras demostraciones de devoción" [11].

Es probable que Pando pensara establecer el puerto de arribada y la misión en Puerto Consolación, lo que no resultó posible por los motivos expuestos. También es de notar que el capitán se queja en su informe de la poca eficacia del navío para semejante operativo. Por otra parte, los elementos de la Naturalera le habían sido tan ad-

versos en el extremo sur, que él mismo confiesa que "de cuantos temporales he pasado ninguno me ha causado más horror que éste".

A fines de abril debieron estar de regreso en Buenos Aires, pues el 2 de mayo Bucareli da cuenta al Rey del fracaso de la empresa y, como para repetir el intento había que esperar estación propicia, no fue posible hacerlo hasta el final del año.

La nueva expedición, que se confió al mismo teniente Pando, estaba integrada por el bergantín *San Francisco de Paula* y la goleta *San Rafael,* que tampoco reunía las condiciones necesarias.

Salieron de Buenos Aires el 7 de diciembre (1768), llegando el día 28 al Puerto Deseado, en donde repararon la goleta. Del 6 de enero al 6 de febrero permanecieron en las inmediaciones de dicho puerto, Leones e isla de los Reyes, efectuando relevamientos.

El 9 de febrero desapareció la *San Rafael,* que días más tarde salía del estrecho de Magallanes y se unía a la nave capitana que estaba fondeada al amparo del cabo Vírgenes.

Pero las mares gruesas y los vientos se desataron otra vez y debieron emprender de nuevo el regreso, demorando un tiempo en el puerto Deseado para efectuar un mejor reconocimiento, ya que Pando consideraba que era lugar muy apropiado para establecer una colonia.

El 8 de mayo de 1769 estaban de vuelta en Buenos Aires, luego de haber soportado "mares gruesas, vientos fuertes y lluvias incesantes, nieves, granizo y todas las incomodidades que pueden experimentarse en la navegación" [12].

Como se ve, esta segunda expedición no alcanzó a llegar a Tierra del Fuego, la cual continuó abandonada después de este nuevo fracaso.

Mas aquí no termina todo. De los relatos de Pando, se infiere que en el último viaje no fueron misioneros, lo cual está desmentido por documentos fehacientes. Pero los religiosos enviados esta vez fueron tres: dos sacerdotes y un hermano cooperador.

El documento fundamental, en el que constan sus nombres, es el que nos proporciona el Registro de Provincia, en donde encontramos asentado el 30 de noviembre de 1768, o sea ocho días antes de partir la expedición:

"En 30 de noviembre patente para la tierra del fuego y conversión de los indios, a petición de[l] Señor Carlos tercero el P. Fr. Joseph Morales como Presidente, el P. Fr. Joseph Domi[ng]° Leyba y el herm[an]o Fr. J[ose]ph Fernández, porq[ue] los primeros q[u]e fueron no tomaron possesion del sitio" [14].

La ida efectiva de los tres misioneros está confirmada por lo que escribe Bucareli en una carta del 30 de diciembre de 1768:

"Aprovechando la actual estación, despaché en 7 del presente a don Manuel Pando, con dos embarcaciones: el bergantín *San Francisco de Paula* y la goleta *San Rafael* bien dispuestas, municionadas y artilladas, un sargento, tres religiosos dominicos y varias especies

oportunas para el mantenimiento de los indios, para la isla del Fuego, con orden de formar población en el puerto más útil y ventajoso, a los interesantes objetos a que se dirige, de permanecer en ella hasta la primavera ventura, reconocer toda su costa, la de Patagonia y del Estrecho de Magallanes al Puerto Famine, para desalojar a los ingleses o reconvenirlos caso de encontrarlos siendo superiores las fuerzas, quedándose con una embarcación y enviando la otra con las noticias que adquiera".

El P. Belza, que trae esta carta, escribe que la misma "pareciera desmentir la generalizada opinión según la cual Pando no llevó misioneros en su segunda expedición" [15], lo que, ante la documentación expuesta, no es posible seguir sosteniendo.

Es de lamentar el fracaso de ambos intentos, que fue no sólo el malogro de la misión religiosa, sino de la totalidad de la empresa. Transcurrirá más de un siglo hasta que, a fines de 1886, con la llegada del salesiano José Fagnano, se abrirá una nueva era espiritual para los fueguinos. Unicamente, ya en pleno siglo XIX, se habían llevado a cabo algunas misiones anglicanas.

Por lo visto, carece de veracidad la aserción de Armando Braun Menéndez según la cual la primera tentativa civilizadora de la Tierra del Fuego se realiza con la expedición de los barcos ingleses *Adventure* y *Beagle* en 1827-1830 y [16] 1832.

Es de interés anotar que la fundación de la misión en Tierra del Fuego fue aprobada por el Maestro General de la Orden Dominicana, Juan Tomás de Boxadors, el 26 de julio de 1770, al aprobar las actas del capítulo provincial de 1767 [17].

Vamos a ofrecer una breve reseña biográfica de los siete religiosos que tomaron parte en aquellas empresas misionales, las que no se pudieron llevar a cabo por razones ajenas a sus posibilidades.

El padre Juan Antonio del Toro nació en Buenos Aires en 1739 [18] y vistió el hábito en el convento porteño, el 22 de junio de 1755, con dos jóvenes correntinos: Domingo Maciel y Bernardino Frutos, de manos del padre Juan Francisco Palacio, superior interino [19]. Después del año de noviciado, hizo la profesión con sus compañeros, el 5 de julio de 1756, ante el prior Diego Martínez [20].

En la lista de religiosos que registra el capítulo provincial de 1759 figura como estudiante y en el de 1763, como sacerdote [21].

El Libro de Estudios nos ofrece algunos datos más. El 29 de diciembre de 1756 comienza a estudiar filosofía, teniendo como profesor al padre Luis Mansilla [22] y en 1758 los continúa con el padre Antonio González [23]. Entre sus compañeros encontramos a Fr. Francisco Cano de la Pera, Blas Rodríguez, Domingo Maciel y a Fr. José Joaquín Pacheco, futuro provincial y fundador del convento de Tucumán y del Colegio de Misioneros de San José de Lules.

En 1761, Juan Antonio del Toro ya es sacerdote, pero continúa sus estudios e interviene en un acto público en que el profesor fray

Antonio González trata acerca de diversas materias filosóficas [24]. Por entonces comienza el estudio de la teología, que debió terminar a fines de 1763, pues el 18 de enero del año siguiente aprueba su primer examen de confesor, que presupone la carrera terminada [25].

Continúa en Buenos Aires hasta que en 1767 es designado para presidir la misión que irá a Tierra del Fuego, a la que nos referimos anteriormente.

El 9 de noviembre de 1768 es asignado al convento de Asunción del Paraguay [26], pero a fines de 1771 está de nuevo en Buenos Aires [27], donde continúa hasta 1773, en que pasa a Santa Fe. Por 1785 va por segunda vez a Asunción, en donde terminará sus días. El 6 de enero de 1786 se le confiere el grado de predicador general [28], título honorífico que la suprema autoridad de la Orden otorgaba a los religiosos que se habían distinguido en la predicación. Desempeña el cargo de subprior entre 1788 y 1791 [29] y de abril de 1793 a setiembre de 1794, en que renuncia [30]. Fallece el 23 de diciembre de 1801 [31].

A fines del siglo XVII y principios del XVIII hubo otro dominico de nombre Juan Antonio del Toro, profesor en Buenos Aires, fallecido entre 1726 y 1729.

El P. Fr. Juan Francisco Salas vistió el hábito en el convento de Buenos Aires el 30 de abril de 1758, recibiéndolo del P. Diego Martínez, superior interino y vicario provincial [32]. Emitió sus votos religiosos el 30 de mayo de 1759 en manos del prior P. Domingo Molina [33].

El 1 de diciembre de 1761 da su último examen de gramática [34] y pasa a cursar sus estudios superiores. Entre sus condiscípulos figuran fray Pedro Mayán y Juan Encinas, compañeros más tarde en la aventura fueguina.

En el capítulo provincial de 1763 lo encontramos ordenado de diácono [35] y a mediados de 1767 debió terminar su carrera, ya que el 4 de septiembre daba su primer examen de confesor [36]. También lo aprueban en ese mismo día, entre otros, Mayán y Encinas. El 21 de septiembre de 1773 rinde su tercero y último examen [37].

De regreso de su viaje a Tierra del Fuego, es asignado a Santa Fe en noviembre de 1768 [38] y en diciembre de 1772 vuelve a Buenos Aires [39], dedicado a la predicación y como primer capellán del Rosario. En noviembre de 1794 se lo asigna a Córdoba [40], pero en diciembre del año siguiente vuelve a la capital [41] con el cargo anterior, que lo desempeña hasta su fallecimiento, el cual debió tener lugar entre 1804 y 1807, pues el capítulo provincial de noviembre de este último año lo registra entre los difuntos [42].

Del P. Fr. Pedro Mayán tenemos pocas noticias. Viste el hábito en Buenos Aires el 5 de noviembre de 1758, de manos del prior F. Domingo Molina [43] y profesa el 22 del mismo mes del año siguiente [44].

Con Salas, Encinas y otros compañeros, da su último examen de humanidades el 1 de diciembre de 1761 y el primero de confesor el 4 de setiembre de 1767. El capítulo provincial de 1763 lo registra como estudiante [45].

El 21 de noviembre de 1768 se recibía de ayudante del padre Sebastián Marecos, párroco de San Miguel, una de las misiones guaraníes que los dominicos habían tomado a su cargo a mediados de dicho año, al ser expulsados los jesuitas [46]. Allí fallece, joven aún, hacia 1775 [47]. Por su destino a aquellas misiones, el P. Mayán debió de ser de origen correntino o paraguayo, pues allí se enviaban religiosos conocedores de la lengua guaraní.

El P. Fr. Juan Encinas, nacido en la ciudad de Corrientes, probablemente entre 1740 y 1745, ingresa como novicio en Buenos Aires el 30 de mayo de 1760, siendo prior y vicario general el P. Domingo Molina [48] y profesa el 30 de julio de 1761, ante el prior y vicario provincial P. Juan Francisco Palacio [49].

Con Salas, Mayán y nueve compañeros más, aprueba su último examen de humanidades el 1 de diciembre de 1761 y termina su carrera a mediados de 1767.

Después de su viaje a Tierra del Fuego, el padre Encinas fue nombrado párroco de la misión guaranítica de Mártires, de la que tomó posesión, con su ayudante fray Bartolomé Molina, el 31 de octubre de 1768 [50]. Casi un año después, el 23 de agosto de 1769, se lo destina teniente del párroco de San Borja, fray Ignacio Otazú [51] y como tal lo registran las actas capitulares de 1771 [52]. A principios de 1775 residía en Corrientes [53] y desde fines de dicho año en Buenos Aires, en donde muere. El capítulo provincial de noviembre de 1787 lo consigna entre los religiosos fallecidos en el cuatrienio anterior [54].

Pasando a los sacerdotes destinados a la Tierra del Fuego, en la segunda expedición de Pando, los padres Juan José Morales y Domingo Leiva, debemos destacar que el primero, ya de cincuenta años cumplidos, había ejercido prelacías y contaba con una buena experiencia en el ministerio pastoral, y al segundo, joven aún, le estaba reservada una brillante carrera, como veremos. Ambos eran porteños, si bien Leiva había ingresado en la Orden y realizado sus estudios en Córdoba.

Fray Juan José Morales, nacido en 1718 [55], vistió el hábito en el convento de Buenos Aires el 3 de noviembre de 1735 [56] y profesó el 13 del mismo mes de 1736 [57]. Desde el 5 de setiembre de 1736 hasta el 10 del mismo mes de 1739 cursó sus estudios de filosofía y a partir de entonces hasta el 19 de setiembre de 1742 los de teología [58].

Terminada su carrera, se dedica a la predicación, en la que pronto llegará a distinguirse. Los primeros años de su sacerdocio los pasa en Buenos Aires. Si bien en 1750 lo encontramos en La Rioja [59], al año siguiente vuelve a la capital del Plata y allí permanece hasta que el 5 de febrero de 1757 es nombrado prior del convento de Santa Fe [60].

En calidad de tal, asiste al capítulo provincial celebrado en Córdoba en noviembre de 1759, en el que actuó como "definidor" [61], o sea como uno de los cuatro consejeros del provincial durante el capítulo. El 15 de noviembre, el nuevo provincial, fray Diego Martínez, lo nom-

bra su secretario y, por esta causa, debe renunciar al priorato santafesino [62].

A principios de 1760, ambos emprenden viaje a Buenos Aires, durante el cual el padre Martínez fallece en Pergamino el 4 de marzo y es sepultado en la capilla de Luján [63]. El prior de Buenos Aires, fray Domingo Molina, asume el provincialato en calidad de vicario y, en compañía de Morales, viaja a Asunción en la segunda mitad del año, y lo instituye prior del convento de la capital paraguaya el 9 de diciembre [64]. El capítulo provincial de 1763 lo nombra subprior de La Rioja [65]. En 1767 lo encontramos de nuevo en Buenos Aires [66] y el 30 de noviembre del año siguiente es designado para presidir la nueva misión religiosa que irá con la segunda expedición de Pando a Tierra del Fuego.

De regreso de aquel infortunado viaje en mayo de 1769, es destinado a Asunción el 22 de junio [67]. El 15 de febrero de 1772 se lo nombra vicario provincial para dicho convento y el 9 de enero de 1774, director de la Tercera Orden [68].

El capítulo de 1775 lo asigna a Córdoba [69]; el provincial José Joaquín Pacheco lo instituye director de la Tercera Orden el 29 de setiembre de 1777 [70]. En mayo de 1779 va a La Rioja, en donde es elegido prior [71], cargo al que renuncia el 28 de noviembre del mismo año [72].

El capítulo mencionado pide para el padre Morales el título de predicador general, que le es conferido el 29 de abril de 1784 [73]. En 1787 lo encontramos todavía en Córdoba [74], pero en alguno de los años inmediatos debió pasar a Buenos Aires, en donde fallece entre 1788 y 1791 [75].

El padre Domingo Leiva era oriundo de Buenos Aires, en donde nació en el año 1741, pues los capítulos provinciales de 1787 y 1795 le dan, respectivamente, cuarenta y seis y cincuenta y cuatro años de edad [76].

En plena juventud pasó a Córdoba para continuar sus estudios. Allí fue colegial de Monserrat y cursó filosofía en la Universidad desde el 30 de junio de 1760 hasta igual día de 1763, y estudió un año de teología, que terminó el 30 de junio de 1764. Poco después ingresaba en el convento de Santo Domingo y allí continuó sus estudios teológicos hasta finalizarlos el 21 de mayo de 1768 [77]. Su profesión tuvo lugar en la segunda mitad de 1765 y a fines de 1767 ya era sacerdote.

Después de terminar su carrera, volvió a Buenos Aires y el 7 de diciembre de 1768 se embarcaba en la segunda expedición de Pando, formando parte de la misión destinada a Tierra del Fuego.

De regreso de aquel frustrado viaje, el 2 de julio de 1769 es asignado a Santa Fe, en donde se desempeña como director de la Tercera Orden y profesor de latín [78]. Además, demuestra buenas condiciones para la predicación y una marcada inclinación al apostolado misional. El capítulo provincial de 1775 lo nombra misionero, junto con el padre Francisco Gaona, del mismo convento [79].

El 12 de junio de 1776 se lo destina a Santiago del Estero [80]. En el norte argentino pasará casi veinte años de intensa actividad, principalmente misional. El capítulo provincial de 1787 expresa que "desde el año 1775, en que tomó a su cargo el oficio de misionero, se dedicó por completo a procurar la gloria de Dios y la salvación de las almas, mediante las misiones que dio en la ciudad de Santiago del Estero, su jurisdicción y, por fin, en toda la provincia de Tucumán" [81].

El 14 de octubre de 1781 se lo nombra director de la Tercera Orden y segundo capellán del Rosario en el convento de Santiago del Estero [82]. A partir de 1784, pasa largas temporadas en el Colegio de Misioneros de Lules y entonces predica en la ciudad de San Miguel de Tucumán y misiona en la campaña. Todavía quedan constancias de algunas de sus misiones en Famaillá y Río Chico, en los años 1785 y 1789 [83].

El maestro de la Orden fray Baltazar de Quiñones le otorga el grado de predicador general el 30 de abril de 1790 [84], y en mayo de 1793 lo nombra, en tercer lugar, prior del convento a erigirse en San Miguel de Tucumán, junto con el fundador, fray José Joaquín Pacheco y el padre Andrés Rodríguez [85]. El capítulo de 1791 nos informa que en los años 1788 y 1789 dio ejercicios espirituales en el ex colegio jesuita de Santiago del Estero [86].

En octubre de 1792 era elegido prior del convento santiagueño. Como la confirmación la otorgó el provincial Feliciano Suárez de Cabrera el 13 de diciembre desde Asunción del Paraguay [87], es de suponer que Leiva no se hizo cargo hasta fines de enero de 1793. Durante su gestión se llevó a cabo la traslación del convento al ex colegio de los jesuitas, solar en que se encuentra hasta el día de hoy [88].

Poco antes de terminar, el 19 de diciembre de 1795 era elegido prior de Buenos Aires [89]. Como se encontraba en esta ciudad, con motivo del capítulo provincial celebrado en noviembre, asumió su nuevo cargo inmediatamente. Ejerciendo este oficio, el 26 de enero de 1797 se lo nombra vicario provincial y el 18 de octubre se amplían sus facultades a los conventos del litoral y a las misiones guaraníes atendidas por la Orden Dominicana [90].

Posteriormente, fue dos veces consecutivas prior del convento de Córdoba, en los períodos 1799-1802 y 1802-1805. El 4 de agosto de 1805 el vicario general de la Orden para España y sus dominios de ultramar, P. José Díaz, le confería el máximo título honorífico de maestro en Sagrada Teología, por sus relevantes méritos de misionero [91].

En Córdoba, en donde había ingresado en la Orden de Santo Domingo, el padre Leiva pasó los últimos años de su laboriosa existencia, venerado de todos por la bondad de su carácter, su prudencia y sus dotes de consejero espiritual. El capítulo provincial de 1823 lo da por fallecido en la docta ciudad [92]. Por lo tanto, su deceso ocurrió entre 1820 y 1823, o sea alrededor de los ochenta años.

En cuanto al hermano José Fernández, que acompañó a los padres

Morales y Leiva en la segunda expedición a Tierra del Fuego, tenemos muy escasas noticias.

Fernández pasó toda su vida religiosa en el convento porteño, al que parece haber ingresado muy joven. Vistió el hábito el 17 de junio de 1750 [93] y profesó el 11 de julio de 1751 [94].

En las listas de religiosos de 1787 y 1803 [95] figura como administrador de la Chacarita de Santo Domingo, que estaba situada en el actual barrio de Barracas. Esto hace suponer que fue administrador de la misma durante muchos años. El capítulo provincial de 1807 lo enumera entre los difuntos del cuatrienio [96].

FRAY RUBÉN GONZÁLEZ O. P.

Notas

[1] Ver Héctor R. Ratto, *Actividades marítimas en la Patagonia durante los siglos XVII y XVIII*, Buenos Aires, 1930, 51-56; Juan E. Belza, *En la Isla del Fuego*, I, Buenos Aires, 1974, 22-23; íd., *Curruchea: el capitán que fue navío*, en *Karú-Kinká*, Cuaderno Fueguino nº 0 (Buenos Aires), 1971, 4-19; reproducido con variantes en *Archivum* (Buenos Aires), XII (1975), 181-188; íd., *El navío Nuestra Señora de la Concepción*, en *Karú-Kinká*, 14 (oct. 1975), I-X. Cabe al padre Belza el mérito de haber puesto en claro que el capitán Curruchea, de quien hablan los historiadores, no fue tal, sino el alias del navío que pereció. El capitán del *Purísima Concepción* se llamaba José Joaquín de Ostolaza.

[2] José Brunet, O. de M., *Una carta del jesuita Onofre Martorell acerca de la evangelización de los indios de la Tierra del Fuego*, en *Karú-Kinká*, 19-20 (abr.-jun. 1977), 39-42.

[3] Belza, *En la isla del Fuego*, I, 31-33.

[4] Ibídem, 33-34.

[5] *Actividades marítimas*, 67.

[6] Jacinto Carrasco O. P., *Ensayo histórico sobre la Orden Dominica argentina*, I, *Actas capitulares* (1724-1824), Buenos Aires, 1924, 341-342.

[7] Carrasco, ib., 342.

[8] Ib., 351.

[9] Archivo Provincial O. P. (Buenos Aires), Registros y Acuerdos de Provincia, I, 1725-1840, Registros, 61.

[10] Ratto, *Actividades marítimas*, 68; Belza, *En la isla del Fuego*, I, 86. En una comunicación del 19 de julio de 1978, el P. Belza nos informa que su opinión actual acerca del lugar del desembarco de Pando es que ocurrió "abajo del Río Grande, en lo que hoy se llama Ensenada de la Colonia, un poco arriba del paralelo 54".

[11] Carrasco, *Ensayo*, 367-368.

[12] Para una descripción más detallada de ambos viajes ver Ratto, *Actividades marítimas*, 66-73.

[13] Registro, 63.

[14] Carrasco, *Ensayo*, 368.

[15] *En la isla del Fuego*, ib., 37.
[16] *Pequeña historia fueguina*, Buenos Aires-Santiago de Chile, 1971, 8.
[17] Ver Carrasco, *Ensayo*, 368.
[18] Se infiere de las actas del capítulo provincial de 1783, que le asigna cuarenta y cuatro años de edad (Carrasco, *Ensayo*, 433). El capítulo de 1787 lo llama "hijo de la ciudad y convento de Buenos Aires" (ib., 462).
[19] Archivo del convento de Santo Domingo de Buenos Aires, XXVIII. Vesticiones y profesiones, 1 (1713-1913). Primer libro de vesticiones, 9.
[20] Ib., Primer libro de profesiones, 28.
[21] Carrasco, *Ensayo*, 307 y 317.
[22] Archivo del convento de Santo Domingo de Buenos Aires, XVII, Libro de Estudios, I (1725-1896), Primer Libro, 22.
[23] Ib., 25.
[24] Ib., 28. La designación para intervenir en un acto académico público suponía un estudiante aventajado.
[25] Ib., 33.
[26] Registro, 63.
[27] Carrasco, *Ensayo*, 378.
[28] Ib., 462.
[29] Ib., 460.
[30] Registro, 131 y 138 v.
[31] Carrasco, *Ensayo*, 573.
[32] Primer libro de vesticiones, 11.
[33] Primer libro de profesiones, 29.
[34] Primer libro de estudios, 29.
[35] Carrasco, *Ensayo*, 318.
[36] Primer libro de estudios, 41.
[37] Ib., 88.
[38] Registro, 63.
[39] Ib., 75.
[40] Ib., 139 v.
[41] Ib., 145 v.
[42] Carrasco, *Ensayo*, 617.
[43] Primer libro de vesticiones, 12.
[44] Primer libro de profesiones, 30.
[45] Carrasco, *Ensayo*, 318.
[46] Archivo General de la Nación, 9, 6-10-7.
[47] Carrasco, ib., 402.
[48] Primer libro de vesticiones, 13.
[49] Primer libro de profesiones, 32.
[50] Archivo General de la Nación, 9, 6-10-7.
[51] Registro, 65.
[52] Carrasco, *Ensayo*, 381.
[53] Archivo General de la Nación, 9, 7-1-5.
[54] Carrasco, *Ensayo*, 469.
[55] Según nos informa el capítulo provincial de noviembre de 1775, tenía entonces cincuenta y siete años de edad y cuarenta de profesión (Carrasco, *Ensayo*, 400). El capítulo de 1787 lo menciona como "hijo de la ciudad y convento de Buenos Aires" (ib., 462).
[56] Primer libro de vesticiones, 3.
[57] Primer libro de profesiones, 19.
[58] Carrasco, *Ensayo*, 400.
[59] Ibídem.
[60] Registros, 51.
[61] Carrasco, *Ensayo*, 301 y 310.
[62] Registros, 52.
[63] Ib., 53.
[64] Ib., 55. El padre Molina falleció en Asunción el 23 de abril de 1761 (Ibíd.).

[65] Carrasco, *Ensayo*, 312.
[66] Ib., 349.
[67] Registros, 65.
[68] Ib., 73 y 78.
[69] Carrasco, *Ensayo*, 404.
[70] Registros, 87.
[71] Acuerdos, 10 v.
[72] Registros, 92 y 95.
[73] Carrasco, *Ensayo*, 462.
[74] Ib., 471.
[75] Ib., 497.
[76] Ib., 465 y 529. El padre Saldaña Retamar O. P. lo da por nacido en 1746 (*fray Domingo Leiva*, 1746-1822) en la *Buena Noticia* (Tucumán, 30 (23-6-1907).
[77] Ib., 465.
[78] Registros, 65; ver Carrasco, *Ensayo*, 373.
[79] Carrasco, *Ensayo*, 395.
[80] Registros, 85.
[81] Carrasco, *Ensayo*, 465.
[82] Registros, 99.
[83] Archivo del convento dominicano de Tucumán, VI, Libro de predicaciones de los Lules y San Miguel, I, 1784-1908, 2 y 6.
[84] Carrasco, *Ensayo*, 490.
[85] Ib., 513 y 526.
[86] Ib., 493.
[87] Registros, 128; Acuerdos, 20.
[88] Ver R. Saldaña Retamar O. P., *Fray Domingo Leiva* en la *Buena Noticia*, 31 (7-7-1907).
[89] Registros, 146.
[90] Ib., 147 y 159 v.
[91] Carrasco, *Ensayo*, 605.
[92] Ib., 732.
[93] Primer libro de vesticiones, 7.
[94] Primer libro de profesiones, 26.
[95] Carrasco, *Ensayo*, 470 y 581.
[96] Ib., 617.

BIBLIOGRAFIA GENERAL

Fuentes documentales

Archivo del Convento de Santo Domingo (Buenos Aires):
- XVII, Libros de estudios, I, 1725-1896.
- XXVIII, Vesticiones y profesiones, I, 1713-1913.

Archivo del Convento Dominicano de Tucumán (San Miguel de Tucumán):
- VI, Libro de predicaciones de los Lules y San Miguel, I, 1784-1908.

Archivo General de la Nación (Buenos Aires):
- Sala IX.

Archivo Provincial O. P. (Archivo de la Provincia dominicana argentina, Buenos Aires):
- Registros y acuerdos de Provincia, I, 1725-1840.

Belza, Juan E., S. D. B., *En la Isla del Fuego*, I, Buenos Aires, 1974.

* *Curruchea: el capitán que fue navío*, en *Karú-Kinká* (Buenos Aires), Cuaderno fueguino nº 0 (1971), 4-19; en *Archivum* (Buenos Aires), XII (1975), 181-188.

* *El navío de Nuestra Señora de la Concepción*, en *Karú-Kinká*, 14 (oct. 1975), I-X.

Braun Menéndez, Armando, *Pequeña historia fueguina*, Buenos Aires-Santiago de Chile, 1971, 5ª ed.

Brunet, José, O. de M., *Una carta del jesuita Onofre Martorell acerca de la evangelización de los indios de la Tierra del Fuego*, en *Karú-Kinká*, 19-20 (abr.-jun. 1977), 39-42.

Carrasco, Jacinto, O. P., *Ensayo histórico sobre la orden dominica argentina. Contribución a la historia general del país*, I, Actas capitulares (1724-1824), Buenos Aires, 1924.

Ratto, Héctor R., *Actividades marítimas en la Patagonia durante los siglos XVII y XVIII*, Buenos Aires, 1930.

Saldaña Retamar, Reginaldo, O. P., *Fray Domingo Leiva* (1746-182), en La Buena Noticia (Tucumán), 30 (23-6-1907); 31 (7-7-1907).